

# **LA UNIVERSIDAD CATÓLICA: SU RAZÓN DE SER**

## **Intervención en el Claustro Pleno.**

**3 de mayo de 1971**

El Cristianismo ante la tarea universitaria de hoy

### **I. UNIVERSIDADES CATÓLICAS: LA PREGUNTA POR SU IDENTIDAD**

#### *1 - La interrogante de fondo*

Nuestra Universidad inicia en estos momentos una jornada de gran trascendencia. Como un caminante que detiene sus pasos para alegrarse de haber ya recorrido largos caminos o para prever lo que aún le espera, la Universidad, representada en nosotros, interroga su caminar. O aparece tal vez como el que, ante distintas avenidas, vacila y se debate por saber cuál es la más adecuada; o como el que, impaciente por la meta, sólo anhela reunir más fuerzas para avanzar con mayor ímpetu.

No es un detenerse lo que aquí sucede. Es recorrer camino, abrir rutas, emprender otra vez la marcha. Con fuerza renovada, con fuerza depurada por el legítimo enfrentamiento de diversas inquietudes.

Lo que queremos es ver si nuestra Universidad está respondiendo a lo que con audacia se ha venido planteando; a lo que, desde distintos ángulos del pensar y del quehacer, intuimos que es su tarea. Una leal confrontación de acentuaciones, nos plantea ante un sinnúmero de preguntas importantes. Sin embargo, me parece haber una interrogante de fondo, un tema candente, que se nos vuelve a plantear -de una o de otra manera- a través de todos los otros problemas escogidos como objeto de esta reflexión comunitaria: se trata de la pregunta por la identidad de nuestra Universidad. Sin saber quiénes somos y adónde vamos, sin una visión clara y compartida acerca de nuestra vocación específica como Universidad Católica, carecemos del criterio o perspectiva fundamental que debería ayudarnos y orientarnos hacia la verdadera solución

de nuestros problemas parciales. Desde allí, a partir de una autodefinición clara, podremos desprender líneas conductoras ciertas y adecuadas, para que la comunidad universitaria llegue a ser, a su modo, auténtica servidora de los destinos históricos de nuestra patria.

## 2. *La vocación universitaria en general*

Sabemos que la idea de "Universidad" se encuentra hoy día en todo el mundo sometida a una seria revisión, y que entre nosotros, en los últimos años, han sido muchos los esfuerzos para conducir a su clarificación. Sin entrar en los detalles del debate, creo que todos podemos estar de acuerdo en considerar a las universidades como servidoras de la cultura de los pueblos. Es este "servicio cultural" el que constituye como el alma de su vocación. Una Universidad debe ser un lugar donde se elabore y se irradie cultura, tomando esta palabra en el más universal, pero también en el más pleno y vital de sus sentidos. Sin esa preocupación por una apertura a la totalidad de los problemas del hombre, no puede hablarse de auténtica labor de Universidad. Pero, por otro lado, si es cierto que la cultura es necesariamente universal, no menos cierto es que cada Universidad debe prestar su servicio propio en un pueblo, en un ambiente social y cultural determinado; es, por lo mismo, en primer lugar, la cultura de ese pueblo la que debe elaborar y es para ese pueblo que debe prestar su servicio de irradiación.

Una Universidad no puede cumplir su tarea prescindiendo del desarrollo histórico concreto del país en cuya vida se inserta. No puede pretender hacerlo ni tampoco podría nunca lograrlo: en la medida en que sus profesores y alumnos están condicionados en su pensamiento -en sus inquietudes y en su planteamiento de los problemas- por el proceso social en medio del cual viven, necesariamente será, en primer lugar a partir de él y también para él, que reflexionarán y trabajarán. El desarrollo histórico y las necesidades concretas del pueblo al que sirve condicionan y orientan a la Universidad en su tarea, en la medida en que le señalan aquellos problemas más urgentes para los cuales se espera de ella iluminación y respuesta. Más aún, este servicio a la comunidad histórica concreta, de la cual la Universidad nace, es fundamento

de su unidad, exigencia que permanentemente estimula la coordinación de sus múltiples quehaceres, todos ellos tan atractivos y útiles que, de no mediar la necesidad de hacerlos confluir en esta respuesta a las necesidades vitales de un pueblo, correrían peligro de permanecer parcializados. Sin contacto estrecho con la vida del país, carecería también la Universidad de los estímulos que más eficazmente aguijonean su trabajo y su búsqueda y terminaría por languidecer en un abstracto girar en torno a ideas desencarnadas. Su servicio no sería lúcido ni eficaz, porque no sabría concretamente ni a quién ni para qué está sirviendo.

Sin embargo, es esta misma voluntad de eficacia lúcida la que obliga a esa Universidad, abierta a dejarse orientar y estimular por los problemas y urgencias del país, a recordar que su vocación propia le exige ser ella la que principalmente oriente y estimule la evolución cultural del pueblo al que sirve. La Universidad representa, en el conjunto de la vida nacional, lo que la inteligencia dentro del organismo humano. Es evidente que el hombre no vive para pensar, sino que piensa para vivir mejor, más humanamente. Por ello es normal que lo que haga objeto de su reflexión intelectual sean los problemas reales que constituyen su existencia concreta. Pero si bien es su vida real de cada día la que estimula y orienta sus esfuerzos de reflexión, es evidente que el sentido más hondo de éstos es el de hacer que termine siendo la razón la que estimule y oriente el conjunto de su vida. Es la vida la que señala las prioridades de urgencia, pero es la razón la que, además de buscar las soluciones concretas que esos problemas reclaman, los mide, integrándolos en el conjunto universal de los valores humanos, para atribuirles la importancia que -independientemente de su urgencia- objetivamente merecen. Proceder de otra manera significaría deshumanizar al hombre, instrumentalizando su inteligencia y someténdola servilmente a un pragmatismo que anularía su función propia de orientación superior y global de la vida.

Semejante es la situación de las Universidades: no pueden prestarle al país su servicio específico si en su anhelo de compromiso con la realidad nacional se convierten en simple instrumento para la realización de determinados objetivos políticos, económicos o sociales. La manera de servir más lúcida y

eficazmente a esos mismos objetivos -y de una manera típicamente universitaria- es la de iluminarlos y ofrecerles respuestas concretas desde un plano más alto, a base de una visión global de los problemas humanos y con la necesaria independencia interior como para poder convertirse, y verdaderamente, en conciencia crítica de la sociedad. No se trata de ser una conciencia atemporal, sino, precisamente, de situarse en una perspectiva de amplitud que permita ser, eficazmente, conciencia de lo temporal y de lo concreto.

De otra manera, la Universidad, en lugar de responder a los problemas de la sociedad a la que desea servir, termina contagiándose y siendo víctima de ellos. Sabemos que en nuestro país no se respira un ambiente de auténtico humanismo: si no fuera así, no podríamos explicarnos la situación inhumana de miseria y marginación en que viven tantos chilenos. Nuestra sociedad está impregnada -desde hace mucho tiempo- de una mentalidad "economicista", según la cual tendemos a medir al hombre por lo que produce, y a absolutizar los valores y las relaciones de tipo económico, como si en ellos residiera el origen y la solución última de todos los males sociales.

Por eso mismo, una Universidad que desee prestar un aporte eficaz a la construcción de una nueva sociedad, auténticamente humanista, no puede dedicarse hoy día simplemente a responder a los problemas que el ambiente en que vive le somete. Muchos de esos problemas están falsamente planteados; se presentan en esa perspectiva economicista, reducida y coartada, que no puede aceptarse sin más, porque implica una deficiencia humanista que la Universidad está obligada a corregir críticamente. La colaboración con el desarrollo nacional no puede partir de la presuposición de que éste sea siempre sano bajo todos sus aspectos. La Universidad está obligada a revisar las preguntas que el proceso histórico va planteando y a juzgarlas a partir de los principios universales de un humanismo global. Y no es que lo haga dejándose llevar por una imagen preconcebida del hombre. Si la Universidad está vigilante para elaborar la cultura, que nace en el ímpetu vital mismo del pueblo, no puede dejar de oír o de palpar valores que, aunque no sean siempre los más conscientes ni los más ruidosamente proclamados,

están sin embargo allí, reclamando ser también reconocidos, y sin el cultivo de los cuales no se obtendrá una sociedad plenamente renovada. Esto incide nuevamente, desde otro punto de vista, en la exigencia de la unidad interna de la Universidad, que sólo en el organismo completo de todas sus disciplinas puede comprender el latir vital íntegro de un pueblo y la experiencia humana de todos los siglos.

### 3. *La vocación de las Universidades Católicas*

Vista así la tarea de toda Universidad -como un servicio a la cultura- cabe plantearse la pregunta por la legitimidad y vocación propia de las Universidades católicas. Una Universidad católica podrá justificarse, en primer lugar, en la medida en que su "catolicidad" aparezca como una cualidad que no desvirtúa la naturaleza de la Universidad en cuanto Universidad (por ej., instrumentalizándola para fines proselitistas que no se identifican ya con el servicio a la cultura) - Pero también debe probarse que lo católico no representa un apellido inútil (que no daña, pero que tampoco agrega nada), sino, verdaderamente, una nota adicional que, dejando intacta la noción de Universidad, puede comunicar un nuevo y decisivo dinamismo a su tarea de servicio cultural.

Nos parece que después del Concilio se ha hecho más fácil la respuesta a esta pregunta. Casi quisiéramos afirmar que se ha vuelto evidente. En el Concilio Vaticano II la Iglesia -contemplándose a sí misma, reflejada en la actitud de su Señor y en la de María, su imagen y prototipo-se ha redefinido como una Iglesia servidora del mundo, servidora de cada uno de sus valores y de aquel conjunto de todos ellos que llamamos cultura. La Iglesia posconciliar, que se reconoce llamada a ser alma del mundo, a través del servicio humilde al Evangelio de Jesucristo, cree que la luz de la fe y la energía de la caridad, que de éste manan, pueden también ser alma de una Universidad en la medida en que la ayuden a hacerse más ella misma, más eficazmente servidora de la cultura.

La pregunta por la vocación de una Universidad Católica se ha transformado

así en la pregunta por el servicio de la Iglesia, es decir, de la fe, de la esperanza y de la caridad cristianas, al mundo, a la cultura. Trataremos ahora de precisar este servicio para ver de qué manera una Universidad, animada interiormente por esta vitalidad cristiana, lejos de desvirtuarse, puede llegar a convertirse -precisamente por ser católica- en una Universidad mucho más auténticamente tal.

## II. EL SERVICIO DEL CRISTIANISMO A LA CULTURA

### *1 - El respeto de la Iglesia a los valores humanos*

En efecto, el hecho de ser católica le impone a una Universidad, en primer lugar, el deber de tener ante el hombre, ante sus valores y su cultura, un inmenso y amoroso respeto: el mismo que posee ante ellos el Dios del Evangelio.

Muchas veces, a lo largo de la historia, han surgido movimientos humanistas que se han creído en la obligación de tener que eliminar a Dios para poder afirmar así con suficiente elocuencia la grandeza del hombre. Dios les parecía un rival de éste, una amenaza, una enajenación. Sin duda se han proclamado dioses de esa especie. También el Dios de los cristianos ha sido deformado en esa dirección: a veces por doctrinas falsas que han insistido en la corrupción radical de la naturaleza humana, en la incapacidad de la razón para conocer la verdad y elaborar una ciencia válida, en un voluntarismo divino tal que imposibilitaría cualquier causalidad real del hombre sobre su propia historia; otras veces ha sido la infidelidad práctica de los cristianos la que ha negado en la vida la imagen de Dios que les revelaba su fe.

Pero si abrimos el Evangelio, nos encontramos con un Dios que tanto amó al hombre y al mundo, que entregó por él a su Hijo unigénito; con un Dios que tanto amó la historia que quiso entrar en ella para compartirla con nosotros; morir para convertirla en historia de salvación y liberar y planificar así -al precio de su sangre- todo lo humano, hasta hacerlo sobrepasar infinitamente lo

humano. Sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el hombre y su destino bien valen la muerte de un Dios. ¡Cuánto amor frente al hombre y cuánto respeto ante la dignidad de su libertad! ¿Dónde se había escuchado de un Dios que, antes de violar esa libertad sagrada que El mismo confió a su creatura, estuviera dispuesto a correr el riesgo de que el hombre lo rechazara y de que ese pecado terminara exigiendo su propia muerte en la Cruz?

Es un respeto que se diría raya en el absurdo si no supiéramos que nace de una misericordia y de un amor infinitos.

El Dios del Evangelio no es rival, ni amenaza ni enajenación para el hombre. Muy por el contrario, es su Creador y Libertador, el fundamento de cuanto en El hay de noble y hermoso, y el garante más celoso de sus derechos y dignidad. Si por salvar su libertad Dios no se perdonó a Si mismo, tampoco permanecerá indiferente ante quien alevosamente la pisotee, la niegue o la manipule, desconociéndola bajo cualquiera de sus formas; como libertad de pensamiento (y, por lo mismo, de hacer cultura), como libertad religiosa, como libertad de expresión, como libertad de crítica, como libertad de asociación. Si Dios quiso morir para convertirse El mismo en MEDIO E INSTRUMENTO de Salvación de la libertad humana, no podrá tampoco tolerar que nadie la mediatice o instrumentalice, sometiéndola al servicio esclavizante de objetivos políticos, económicos o ideológicos, que se erijan en pretexto para mutilarla. Dios no ha escatimado ningún recurso para proclamar, con una elocuencia que hace enmudecer a toda elocuencia humana, el valor infinito que El concede al hombre y su libertad. Con su muerte en el Calvario clavó Dios sobre la Cruz la más radical y solemne declaración de los derechos del hombre que la historia jamás presenciara.

Hemos hablado de “valor infinito”. No se trata aquí de una metáfora ni de un superlativo literario. Para el Dios del Evangelio la libertad humana tiene verdaderamente un valor infinito porque es vocación de infinito. Si Dios la defiende con tan inusitado y -casi diríamos- angustioso celo, es porque esa libertad le ha sido dada al hombre como camino hacia el amor, para que pueda entregarse desde el fondo de sí mismo a los demás hombres y constituir con

ellos una familia de hermanos, pero una familia destinada no solamente a convertir la Tierra en un hogar digno de ella, sino a trascender el tiempo y la historia para llegar un día -en la fuerza transfiguradora de la Resurrección de Cristo- a ser asumida en el seno mismo de la vida trinitaria. Para eso creó Dios libre al hombre, para hacerlo su hijo en Cristo, para hacer a la Humanidad su Familia en Cristo, para que todos y cada uno de los hombres lleguen a participar de la libertad y del amor infinitos que constituyen la vida misma del Dios Trino, de la comunidad perfecta de las Tres Personas, donde la libertad perfecta de cada una se resuelve en la armonía de su amor también perfecto, superación ontológica y definitiva de todas las tensiones entre libertad individual y solidaridad comunitaria. Ese es el sentido de la defensa que Dios hace de la libertad humana: defensa de su vocación al amor y a la felicidad infinitos.

Quien crea en ese Dios del Evangelio -no sólo con una fe teórica sino con una fe que signifique verdadero compromiso de vida con El- deberá, necesariamente, en la medida en que esa fe sea auténtica, compartir la misma actitud de Dios ante el hombre, ante su libertad, ante todos sus valores y conquistas, ante su cultura: actitud fundamental de la Iglesia, como comunidad de los creyentes. Así ha querido ella proclamarlo al redefinirse en el Concilio como pueblo de Dios: ella es el pueblo llamado a ser en la historia signo vivo visible que continúe proclamando en todos los tiempos -como prolongación de la voz misma de Dios- el respeto y el amor increíbles que Dios tiene ante el hombre; y ella es también -como pueblo de Dios- el instrumento que prolonga a lo largo de los siglos la lucha de Dios por el hombre, por defender su libertad y su amor, por ir haciéndolo madurar, a través de todos los vaivenes de la historia, hacia la plenitud de su vocación definitiva.

Una Iglesia impregnada de esa actitud y que en esa forma define su propia misión, es una Iglesia apta para inspirar una Universidad: porque su tarea aparece -constitutivamente, por esencia- como servicio al hombre, como servicio a su cultura. No podemos temer ni mediatización ni instrumentalización de la Universidad para otros fines ajenos a su vocación específica: La vocación de la Iglesia va exactamente en la misma línea de la vocación de la Univer-

sidad por tratarse de la Iglesia del Dios del Evangelio, de aquel Dios Servidor del hombre, cuya gloria consiste, precisamente, en que sus criaturas logren alcanzar la plenitud de vida a que El mismo, al crearlas, las ha orientado.

Nadie puede, por lo mismo, aspirar a ser más celoso en el respeto a la autonomía de los valores humanos, que esta Iglesia del Dios del Evangelio. Ella reconoce con humildad esa autonomía de la creación y de la cultura con respecto a ella. Sabe que no es ella la que constituye la dignidad de lo humano, sino que es Dios -independientemente de ella y antes que ella existiera- quien participó de su propia bondad y belleza a la creación y quien, así, fundamenta todo lo noble que existe en el Universo. El mundo y el hombre no son autónomos frente a Dios, pues proceden de El y a El están destinados, si bien esta dependencia de ninguna manera anula la causalidad propia de las criaturas y de la libertad humana que el mismo Dios permanentemente suscita.

La Iglesia reconoce y admira esos valores propios conferidos por Dios al hombre y su mundo y se siente llamada a servir su dignidad. La sirve no para desviarla hacia un fin nuevo y extraño, sino para ayudarla a madurar en el sentido de la vocación más profunda que desde su comienzo Dios inscribió en su naturaleza. La Iglesia es el signo que revela al hombre y al mundo esta vocación profunda, que poseen sin saberlo, y que representa la dimensión más importante de su dignidad. Ella es también el instrumento que los conduce hacia su plena consecución.

Por todo esto, creemos que ninguna Universidad sobre la Tierra debería poder exhibir más títulos de garantía de su respeto a la dignidad y la libertad de la cultura humana, que las universidades católicas. Cualquier intento de manipulación es para ellas no solamente un error o una desviación lamentables, sino un pecado y una infidelidad flagrante frente a aquel Dios enamorado del hombre de cuya actitud ellas se han comprometido a ser testigos. El adjetivo de “católica”, si es responsablemente asumido, nos parece así ser el mejor y más eficaz seguro para que la palabra “Universidad” salve toda la pureza del sentido de servicio a la cultura que quisiera significar.

## 2. *El servicio que presta la fe cristiana a la Universidad*

Nos parece que sólo esto bastaría ya para justificar una Universidad católica. Pero el servicio que la inspiración cristiana puede prestar a una Universidad va mucho más allá todavía: no sólo la ayuda a no dejarse desviar de su tarea específica, sino que fecunda en forma positiva el servicio de la Universidad, a la cultura de los pueblos, haciéndolo más seguro, más decidido, más pleno.

En efecto, la tarea de servir a la cultura es difícil. Implica no sólo esfuerzo creador para buscar respuestas adecuadas a los múltiples problemas que la sociedad plantea a la Universidad sino que también -y previamente- un esfuerzo de valoración tanto de los problemas mismos como de las soluciones que la Universidad descubre y quisiera proponer. Y en un mundo complejo como nuestro mundo moderno, en una sociedad que vive en medio de un vertiginoso y constante proceso de cambios, donde no sólo las estructuras económicas, políticas y sociales se encuentran en permanente evolución, sino donde también cambian sin cesar las categorías de pensamiento e, incluso, el lenguaje, la tarea de valorar, de discernir lo humano de lo antihumano, lo que es avance y lo que significa retroceso cultural, se vuelve extremadamente ardua y fatigosa.

Es en este contexto en el que surge la fe cristiana como una luz segura en el camino. No se trata de querer reflexionar todo lo humano según el método de la teología y de la fe. No: ya hemos reconocido la autonomía de la cultura y proclamado nuestro respeto ante ella. Eso exige que cada disciplina particular del saber humano sea también autónoma en aplicar los métodos que su propia naturaleza le exige.

La fe cristiana presta a las ciencias humanas un servicio que en nada invade su campo propio y que, sin embargo, puede resultarles de inmenso valor. Podríamos comparar su papel al de la intuición que guía el trabajo de los genios.

Los grandes genios de la Humanidad han dispuesto para sus investigaciones y descubrimientos más o menos de los mismos recursos mentales y de los mismos métodos científicos que los demás. ¿Por qué, sin embargo, han visto y encontrado lo que antes nadie descubrió? Ha sido porque ¡una especie de "instinto intelectual" orientó su búsqueda hacia nuevos caminos, hacia una combinación de factores que cualquiera podría haber hecho, si es que, en el momento preciso, esa misma voz o luz misteriosa hubiera orientado en ese mismo rumbo sus investigaciones. El chispazo del genio no anula el método científico: lo fecunda instándole a abandonar los caminos falsos -va mil veces recorridos por otros sin lograr resultados- pero, principalmente, señalándole la dirección en la cual se encuentra la verdad. Esta misma función de "instinto" o "intuición de verdad" al servicio de los métodos de la ciencia es la que le cabe a la fe cristiana dentro de una Universidad que se reconozca "católica". Pero con una diferencia: que la fe no es un instinto que señale la dirección del verdadero humanismo con una certeza solamente "genial", sino con una certeza "divina", porque la fe nos connaturaliza con la visión que el mismo Dios tiene de las cosas.

Así, por ejemplo, mostraremos más adelante cómo el espíritu cristiano llama a una Universidad a centrarse de preferencia en los más pobres, que son objeto de la especial predilección de Dios. Esto sorprende a la intuición normal del hombre. Sin embargo, con esta orientación se asegura que lo que interesa a la Universidad es verdaderamente el hombre en sí mismo, en su realidad personal y existencial, independiente de otras determinaciones o valores que son accidentales. En este caso, por la fe, llegamos a la raíz misma del hombre.

¿Cómo se realiza en concreto este servicio que acabamos de describir? Para los cristianos, el Evangelio de Jesucristo equivale a una norma divina de auténtico humanismo. No porque sea en sí mismo una doctrina sobre el hombre, su mundo y su cultura. El Evangelio es otra cosa: es la Revelación de Dios mismo sobre el sentido último del hombre y del Universo, a los que proyecta mucho más allá de sí mismos, trascendiendo lo temporal y la historia. La naturaleza íntima de lo temporal y de lo histórico -considerada en cuanto tal-

no es revelada por el Evangelio y permanece como el campo propio de la investigación científica y filosófica. Pero algo nos dice acerca de ellos el Evangelio: que por ser un mismo Dios el que creó la temporalidad y la historia y el que conduce al hombre y al universo hasta un fin situado más allá de ellas, no puede haber contradicción, entre una cosa y otra. entre las leyes inmanentes a la realidad humana terrena y su fin trascendente. Dios conduce al hombre y al mundo hacia una perfección que los sobrepasa infinitamente, pero que, a la vez, va exactamente en la línea de sus anhelos naturales y más genuinos de perfección. Es por eso que el Evangelio puede ser invocado como criterio seguro de humanismo: los cristianos podemos presuponer que lo que vaya en contra de los grandes valores humanos que él proclama es necesariamente falso y que, por el contrario, es auténticamente humano y concorde con la naturaleza del hombre lo que vaya en la línea de los grandes fines que el Evangelio señala como verdadera plenitud del hombre, de la sociedad y del mundo.

Pero esta presuposición funciona de la manera ya dicha: no al modo de un freno dogmático que coarta a priori la libertad de la búsqueda científica, sino como un instinto orientador. En caso de aparente conflicto entre la ciencia y la fe, no va a ser siempre la ciencia la que tendrá que ceder ante una determinada afirmación de la fe: muchas veces será la fe la que tendrá que reexaminarse a sí misma y reconocer que estaba mal formulada, que su sentido más profundo era otro y que ha sido gracias al desafío y la ayuda de la ciencia que ha llegado a descubrirlo. Fe y ciencia podrán ayudarse así, mutuamente, sin invadir ninguna ni el campo ni el método de la otra.

Pero lo que por ahora nos interesa es el servicio que la fe pueda prestar a la ciencia y a la cultura. Como instinto de auténtico humanismo” la fe opera, en primer lugar, como norma negativa no porque prohíba investigar en determinados sentidos, sino porque hace intuir que ciertos caminos son falsos, ya que el tipo de humanismo a que por ellos se llegaría contradice la imagen y el sentido del hombre revelados en el Evangelio. En este sentido, la inspiración de ‘la fe marca desde el comienzo un rumbo certero a la investigación, evita

pérdidas de tiempo y ahorra, sobre todo, experimentos humanos cuyo fatal desenlace nos permite prever desde antes. Como ejemplo podemos mencionar todo lo referente a la moral y naturaleza del matrimonio: es ésta una realidad humana pero que el Evangelio sumerge en el misterio más hondo del amor de Dios a los hombres. La fe nos dice que la naturaleza del matrimonio y su dimensión cristiana no se contradicen: ésta supone y planifica aquélla. Por eso todo lo que vaya contra la imagen evangélica del amor esponsalicio, nos dice la fe que va al mismo tiempo contra la naturaleza del matrimonio. Es éste una luz, un criterio de valoración importante, que nos previene ante ensayos de falso humanismo que, relajando los vínculos matrimoniales, no pueden sino conducir -como las tristes experiencias de otros pueblos ya lo prueban-sino a la total disolución y al naufragio de la familia.

Pero la fe cumple, fundamentalmente, un papel de inspiración positiva. Significa -como lo decíamos más atrás- la irrupción como de un “chispazo del genio divino” que ayuda a presentir al hombre la verdadera dirección de las soluciones humanistas que busca.

En primer lugar, porque la fe es una fe encendida de esperanza, porque es una fe de caminantes, pero anhelantes ya de la plenitud final, impide que el hombre se contente con soluciones parciales, impulsándolo a tender siempre a la totalidad, a integrar y medir según ella cada valor humano particular. Basta recorrer con una rápida mirada lo que ha sido la historia de las civilizaciones para apreciar el valiosísimo servicio que, dentro de la tarea universitaria de elaborar e irradiar cultura, representa esta tendencia de la fe y de la esperanza cristianas hacia una visión orgánica del problema humano en su conjunto total. Por un misterio de la psicología del hombre, la historia avanza a través de vaivenes que recuerdan las oscilaciones de un péndulo. En cada época el hombre descubre ciertos valores nuevos que tiende a absolutizar. Luego siente las limitaciones de esos ídolos que se ha forjado y busca otros nuevos en la dirección contraria que, como un terreno virgen y cargado de promesas, atrae sus ansias de felicidad insatisfechas. Y han sido estas absolutizaciones de valores auténticos pero parciales, las que han costado a la humanidad sus peores catástrofes, sus conflictos sociales y bélicos más sangrientos. La fe en el Dios

verdadero es el mejor seguro contra los ídolos: ella inspira en el corazón del auténtico creyente un ansia de totalidad que lo inmuniza ante el peligro de absolutizar lo relativo, de caer en el espejismo de las exageraciones propias a cada época, de sacrificar al hombre y la sociedad en aras de humanismos mutilados. La fe, en este sentido, es fuerza de equilibrio, garantía de visión amplia, impulso siempre insatisfecho que desenmascara lo parcial y provisorio, estimulando a descubrir soluciones cada vez más plenas y globales.

También la fe conduce a una humanización de la ciencia; en la medida en que sabe que las leyes de lo real (que la ciencia investiga) son, en último término, leyes de amor, ya que en Dios, fundamento y fuente última de toda realidad, el ser y el amor se identifican. Ello avisa al cristiano que nunca puede ser científicamente verdadero lo que ame-nace al amor; aun cuando pareciera que política o social-mente se revele como útil, ninguna doctrina que propicie el odio o las divisiones o que sacrifique el amor a la eficacia o a cualquier otro tipo de valor inferior, puede pretender ser ciencia auténtica, intérprete adecuado de las leyes del ser. Por el contrario, debe ser necesariamente en la línea de la perfección del amor hacia donde debe ser buscada la verdad más profunda, el rostro genuino de la realidad.

Además de estas orientaciones generales, la fe, por la visión de la totalidad a que tiende, puede insinuar los caminos hacia la solución de muchos problemas concretos, donde el hombre ha permanecido a veces, a lo largo de siglos, prisionero de su tendencia infantil a un simplismo de carácter dualista y maniqueo, que le lleva -cada vez que se encuentra en presencia de dos valores en tensión- a caer en la tentación de negar uno de ellos para salvar el otro, que le parece principal.

Tensiones de este tipo podríamos nombrar muchísimas: por ejemplo, la tensión hombre-Dios, inmanencia-trascendencia, acción-contemplación, ortodoxia-ortopraxis, gracia-naturaleza, persona-sociedad, etc. En todos estos casos, la fe invita a resolver la tensión buscando la verdadera armonía de los dos extremos, sin sacrificar ninguno en aras del otro, bajo pena de terminar, fatalmente, negando a los dos. El dilema persona-sociedad, por

ejemplo, ha ocupado el espíritu de todos los filósofos y sociólogos de la historia. Espontáneamente, cada doctrina o cada sistema tiende a preferir uno de los dos extremos, y la historia muestra que la preferencia se transforma, por dinámica propia, en una absolutización práctica que conduce a verdaderos desastres culturales. La fe nos muestra, en la imagen del Dios Trino, la solución ideal de esta tensión: ni las personas ni la sociedad son primero, sino que las personas son perfectas porque son un solo Dios y ese único Dios es perfecto por ser Trino y comunitario. Para el creyente, será esta imagen de Dios la que orientará la búsqueda de un modelo social verdaderamente humanista y la que le insinuará el rechazo a los planteamientos dualistas, con sus soluciones necesariamente monistas y sus resultados nihilistas.

Por último, quisiera volver a destacar que la fe, al con-naturalizarnos con la visión que Dios tiene de las cosas y del hombre, nos facilita el hacer nuestro, su especial interés y predilección por los pobres. El Dios del Evangelio es aquel que muestra la gratuidad de su amor ensalzando a los humildes y confundiendo a los poderosos; el Dios que realiza sus obras más grandes precisamente a través de los más pequeños. En un país como Chile, aquejado de tan grandes problemas sociales, la inspiración cristiana debe necesariamente convertirse en un impulso que mueve a la Universidad - repitiendo la actitud de nuestro Dios- a hacer especialmente suyos los problemas de los pobres, de su opresión, de su marginación, de sus ansias de liberación y solidaridad. Una Universidad católica debe entender su servicio a la cultura, principalmente, como un servicio a los pobres; debe elaborar con especialísima dedicación las interrogantes dolorosas y urgentes nacidas de la llamada "cultura de la pobreza" y entender su tarea de irradiación cultural, en primerísimo lugar, en el sentido de ofrecer soluciones que permitan hacer llegar a esos mismos pobres -preferidos de Dios y, por lo mismo, de toda Universidad que se llame católica- el beneficio del progreso científico y técnico y del espíritu de auténtico humanismo de que se siente depositaria.

### *3. El servicio que presta la caridad cristiana*

## *a la Universidad*

La tarea de elaborar y de irradiar cultura no exige, sin embargo, solamente criterios claros que señalen una dirección segura al esfuerzo de investigación y valoración. Este mismo esfuerzo -y más tarde el de transmitir y hacer llegar al país los resultados obtenidos- exige también una gigantesca energía moral. Es aquí donde el cristianismo puede colocar al servicio de la tarea universitaria todo ese caudal de fuerza y de voluntad de entrega que encierra aquella otra actitud fundamental suya (prolongación también de la actitud de su Dios): la de la caridad.

Es imposible servir sin amar. Y el servicio universitario exige mucho amor, porque impone difíciles y largos sacrificios -de todo tipo- tanto a los profesores como a los alumnos y a todos los que componen la comunidad universitaria. El amor, además, sensibiliza y vuelve receptivo para captar con mayor lucidez los problemas de quienes se ama y a quienes se desea servir. El amor proporciona también la inmensa energía moral necesaria para la objetividad del trabajo universitario. Sabemos que ésta no depende únicamente de la agudeza de nuestra inteligencia, pues la razón humana se encuentra -bajo muchísimos aspectos-, apreciablemente condicionada por la sensibilidad y el corazón del hombre. Las pasiones, los intereses, los defectos personales, deforman necesariamente la visión que cada uno se forja de las cosas. Para ser verdaderamente objetivos, para abrirnos a todas las caras de la realidad, necesitamos una inmensa libertad interior y una apertura sincera ante todos los grupos humanos, ante todas las doctrinas y corrientes de pensamientos.

Cada hombre, cada grupo, cada idea, cada causa noble, encierra un rayo de verdad y es tarea y deber de la Universidad el recogerlos todos -sin desperdiciar uno solo-, hasta obtener la suma de la verdad total. ¿De dónde sacar la fuerza para vencer todos los prejuicios y las antipatías, las ideas preconcebidas y los "slogans" que enturbian no sólo nuestra mirada personal sino también la de nuestra época? Una mirada objetiva y pura sólo puede provenir de un corazón también puro, de un corazón abierto en un amor universal como el de Cristo, de un corazón que -por estar centrado en el Dios verdadero- ha sido liberado del peligro de idolatría y absolutización de valores o

de grupos humanos parciales.

Sólo un amor universal como el de Cristo permite también que la verdad, una vez reconocida, se irradie en un servicio que verdaderamente llegue a todos. Hemos dicho que una Universidad católica debe ser una Universidad fundamentalmente servidora de los pobres. Pero el único modo de entender esta predilección en un sentido que no sea exclusivista, nos parece ser el verla como prolongación de la caridad de Cristo, del Dios enamorado de los pobres, de los débiles, de los marginados, pero que ofrece el mismo pan de verdad que regala a los mendigos y a los leprosos, también a Mateo, el publicano, o a sus amigos Nicodemo, Zaqueo y Lázaro, de cuya mesa bien provista muchas veces participa. Hoy vivimos en un mundo dividido por un espíritu clasista que no es ni humano ni cristiano. Se ha acusado a las universidades -y no sin razón- de haber sido hasta ahora clasistas. Este espíritu exige ser superado, pero lo será mediante una actitud de solidaridad verdaderamente abierta, capaz de vencer las tendencias a caer en nuevas formas de exclusivismo marginante. ¿Y de dónde, de qué doctrina o de qué fuentes obtendremos las energías necesarias para permanecer -no obstante nuestro declarado amor a los pobres- como una Universidad auténticamente servidora del país entero?

Sinceramente, no vemos otro camino que el de luchar por hacer nuestro el amor universal y vencedor de todos los egoísmos del Dios del Evangelio. El ambiente que nos rodea tiende a contagiarnos a este respecto con el dualismo que ya denunciarnos, inclinándonos a absolutizar sea el uno o el otro de los extremos. Por eso, nos parece que una Universidad de sincera y decidida inspiración cristiana está hoy en las mejores condiciones para ofrecer la garantía de objetividad imparcial y, a la vez, de servicio universal a todos los miembros de la comunidad nacional, que el pueblo chileno -es decir, el conjunto de todos sus grupos-, tiene derecho a esperar de ella. Optar por Jesucristo -el Dios que ofrece su amor a todos los hombres- significa, entonces, para una Universidad, volver a confirmarse en su vocación original de servicio abnegado y amplio a la cultura de un pueblo.

#### *4. Conclusión*

Verdaderamente la fe, la esperanza y la caridad de Jesucristo -don de Dios para la iluminación y animación del mundo- pueden ser también -y muy fecundamente- la luz y alma de una Universidad; garantía de respeto total a la naturaleza de su misión específica; fuerza orientadora y estimulante para el pensamiento que investiga y anhela ser -tanto negativa como constructivamente- conciencia crítica del proceso histórico que vive el pueblo; y, por último, energía moral para superar todos los sacrificios que el servicio universitario impone, y asegurar la objetividad y amplitud que de él se espera. En cuanto “Universidad” y en cuanto ‘Católica”, una Universidad católica nos parece, por todo lo dicho, doblemente servidora de una cultura y del pueblo.

### **III. DEL IDEAL A LA REALIDAD**

#### *1. Nuestra situación actual*

Evidentemente no estamos nosotros todavía a la altura de ese ideal. Más aún, la misma esperanza cristiana nos prohíbe caer en la ilusión de soñar con la posibilidad de una fidelidad integral y asegurada al espíritu del Evangelio aquí en la Tierra. Sabemos que, mientras dure la historia, permaneceremos caminantes, y el ideal de la Universidad Católica -de esa Universidad auténtica y doblemente servidora de la cultura- permanecerá también como estrella que nos guía, pero que nunca nos deja coger en nuestras manos la totalidad de su luz. Sin embargo, mientras con mayor claridad resplandezca, tanto más segura y decididamente podremos marchar a su siga. No importa que nunca la alcancemos para hacerla plenamente nuestra; lo que importa es que ella nos marque el rumbo y que hacia él avancemos, conquistando cada vez más esa identidad propia que ella nos exige.

Los últimos años y esta misma asamblea son testigos de nuestra fidelidad a esta vocación de peregrinos, de incesantes buscadores de caminos nuevos, que nos permitan expresar mejor -y de acuerdo a las nuevas circunstancias-

nuestro anhelo de fidelidad a esa estrella. Es normal -como lo decíamos al comenzar- que en medio de la marcha nos sintamos muchas veces como ante una encrucijada de caminos. Pero si es la misma la estrella cuya luz todos queremos seguir, tarde o temprano armonizarán la dirección y el compás de nuestros pasos.

No debe preocuparnos el haber llegado hasta este Claustro agrupados en distintos frentes. Para nosotros, como cristianos, la variedad no tiene el sentido dualista que ya denunciábamos en relación a la mentalidad clasista moderna. La variedad no nos duele como les duele a todas las ideologías monistas, que identifican siempre un solo grupo, un solo polo, uno solo de los extremos en tensión, como portador exclusivo de sus rigidismos dogmáticos, de la verdad y del bien absolutos. Para nosotros, la Verdad y el Bien absolutos están sólo en Cristo. Es por eso solamente El quien puede plantearnos la disyuntiva: “Quien no está conmigo, está contra mí”.

Nadie fuera de Dios -ningún grupo ni partido ni clase social ni corriente ideológica- puede plantear en esos términos disputa alguna. Solamente en la opción por la Verdad y el Bien absolutos puede ser verdaderamente absoluta la disyuntiva. En todos los otros casos, cada opción representa, necesariamente, una verdad y un bien relativos que no pueden excluir la presencia de otras verdades y bienes relativos en las opciones contrarias.

Nadie -fuera del Dios verdadero y de los falsos dioses- puede pretender el monopolio total de la verdad y del bien, ni emplazarnos con la amenaza de que no tomar un partido, por el sólo hecho de no hacerlo, significa ya estar tomando el contrario. Si las opciones son relativas y, por lo tanto, con necesarios puntos de coincidencia, entonces es perfectamente posible y legítimo adoptar posiciones nuevas que apoyen solamente lo coincidente de las otras en pugna. Para nosotros, como cristianos, las diferencias y variedades significan, como ya lo hemos dicho, simplemente tensiones: tensiones más o menos intensas, pero que no necesariamente entrañan una contradicción absoluta, a ser resuelta exclusivamente mediante la supresión radical de todas las alternativas salvo una. Dios conduce la historia mediante un juego múltiple

de estas diversas tensiones, a través del cual estimula la libertad del hombre y le va creando siempre nuevas posibilidades de decisión y fecundidad. Por eso - mientras no se absoluticen- no podemos temerlas, sino verlas más bien como el camino a través del cual la Providencia divina nos fuerza a avanzar hacia horizontes nuevos para la libertad, para la ciencia, para la Universidad. La presencia de diferentes corrientes de pensamiento en nuestro claustro no es obstáculo al trabajo, sino signo de riqueza de vida, promesa de fecundidad, exigencia de no quedarnos en la superficie sino de bajar hasta aquella zona profunda donde los anhelos de todos coinciden.

## *2. La importancia del espíritu*

Tenemos que emprender, por lo tanto, con confianza y optimismo el trabajo de estos días, guiados por esa estrella que todos perseguimos, por el ideal de una Universidad católica. Pero es necesario estar conscientes de una verdad fundamental: ese hermoso ideal que hemos tratado de recordar en esta mañana, no depende en cuanto a su realización, solamente de las decisiones que este Claustro o que otras instancias universitarias pudiesen tomar. Una Universidad no puede ser "católica" por decreto, así como ningún hombre puede convertirse en cristiano por simple vía administrativa. Aquí se trata de un espíritu. Evidentemente toda vitalidad espiritual exige estructuras adecuadas que favorezcan su desarrollo, y es deber de las autoridades universitarias atender a que existan todos los elementos de orden jurídico y académico que permitan una inspiración cristiana de nuestra Universidad. Es evidente que la existencia de una Facultad de Teología y la posibilidad de formación cristiana de todos los estudiantes de otras disciplinas aparece como indispensable para esto. También tiene que ser posible una labor pastoral que tenga por finalidad directa mantener vivo el espíritu cristiano en nuestra Universidad. Pero todas estas condiciones pueden existir y este espíritu permanecer ausente: porque el espíritu cristiano depende de todos, de cada profesor, de cada alumno, de cada miembro de nuestra comunidad universitaria.

Aquí me estoy refiriendo, en primer lugar, al espíritu de un humanismo cristiano, en el que deberíamos comulgar todos los cristianos y, también, los

miembros no creyentes de nuestra Universidad. La fe no puede ser obligatoria para nadie, pero nuestra Universidad quiere ser signo de un humanismo amplio e integral. Porque queremos ser amplios debemos estar abiertos a todos los aportes valiosos de las diferentes doctrinas y corrientes de pensamiento. Pero no podemos dejarnos contagiar de los elementos de dogmatismo estrecho que muchas de las corrientes modernas implican. En este sentido, no podemos aceptar -si es que fuera efectiva-, la afirmación de que ciertas Unidades Académicas de nuestra Universidad son de orientación marxista. No se trata de negar ninguna de las contribuciones importantes del marxismo al pensamiento contemporáneo, pero sí de precisar que humanismo cristiano y humanismo marxista no son idénticos. En nombre de la libertad, de la cultura y de la libertad de una fe que en nada menoscaba a aquélla, no debemos aceptar entre nosotros ideologías absolutistas que pretendan imponer una manera única de pensar o esquemas monolíticos que significarían la esterilización de la búsqueda universitaria. Aportes sí aceptamos; imposiciones que coarten la libertad, no; vengan de izquierda o de derecha o de donde quieran.

Sin embargo, aquí estamos de nuevo frente al problema del espíritu que Dios creó libre y que, por lo mismo, no puede imponerse sino tan sólo suscitarse libremente. Así como no podemos imponer por decreto un humanismo cristiano, tampoco podemos prohibir por decreto la marxización (en la medida en que ella signifique oposición al cristianismo) de nuestra Universidad. Aquí se trata de procesos vitales incontrolables desde arriba. Si fuera cierto que este peligro de marxización existe y crece -porque la mentalidad de ciertos grupos dentro de nuestra Universidad es cada vez más marxista y menos cristiana-, no queda otro camino para contrarrestar esa corriente que robustecer la vitalidad de nuestro humanismo cristiano, fortaleciendo la vitalidad de la fe, de la esperanza y de la caridad que lo animan.

La dura verdad es ésta: si nuestra Universidad aparece en peligro de descristianizarse, es porque la fuerza vital de nuestro propio cristianismo es débil y se muestra, por ello, incapaz de inspirar un humanismo amplio e integral que pueda hacer frente y recoger -integrándolos en su visión de

conjunto- los aportes parciales de las diferentes doctrinas.

La Universidad Católica podrá cumplir su gran ideal, su vocación a ser doblemente servidora de la cultura y del pueblo de Chile, en la medida en que todos -tengamos fe o no- luchemos por un humanismo auténtico, respetuoso de la totalidad de los valores humanos. Y esto será tanto más fácil cuanto los cristianos de la Universidad hagamos realmente vida el compromiso de nuestra fe. Sin un compromiso vital y existencial con el Dios servidor de los hombres (expresado en un esfuerzo de diálogo y de contacto personal con El) y sin un compromiso vital con la Iglesia servidora del mundo (expresado, a su vez, en el esfuerzo por penetrar su doctrina y participar de alguna manera en su acción pastoral), nuestra fe no se hará nunca verdadero compromiso con nuestra Universidad, como servidora de nuestra cultura y de Chile.

Santiago, mayo de 1971